

Biografía del Excmo. P. Fray Martín de León y Cárdenas (Arzobispo de Palermo)

POR

ANDRÉS LLORDÉN, O. S. A.

PRELIMINARES

Unas breves palabras, como introducción a la biografía del Excmo. y Rvmo. Padre Fr. Martín de León y Cárdenas, son obligadas, para aclarar la génesis de este modestísimo trabajo, que por ser nuestro, su valor ha de ser muy relativo, mejor todavía escaso, a pesar de tenerlo muy subido la figura central, objeto de este estudio.

En nuestros escauceos de paciente investigación por distintos Archivos y Bibliotecas, aunque no seguíamos directamente la pista de este ejemplar y modelo de religiosos, honra de la Religión Agustiniana, gloria de la Iglesia y honor insigne del Obispado español, hallamos en el largo camino recorrido muchas y variadas notas, que juzgamos entonces de verdadero interés, y que fuimos recogiendo día tras día, como doradas espigas de trigo selecto, abandonadas y caídas en el campo ameno y vastísimo de la historia patria.

Ajenos por el momento de ordenarlas y mucho menos de ofrecer su rico contenido en apretado haz a la luz pública, las conservábamos cuidadosamente en el fichero particular en espera de ocasión propicia para sacarlas del polvo del olvido.

La inesperada oportunidad nos la ha deparado la

Providencia —con inmerecida condescendencia— en el preciso momento en que otras perentorias e ineludibles ocupaciones reclamaban nuestra atención, esto no obstante, para no pecar de ingratos, desaprovechando la fácil oportunidad, estimulados por la consideración detenida de los méritos y virtudes de este hijo ilustre de San Agustín, una de las glorias más legítimas de Málaga, y alentados eficazmente por el hecho de ser casi en absoluto desconocidas sus muchas y heroicas hazañas, es lo que ha espoleado nuestra voluntad y movido nuestra torpe pluma, a redactar, con increíble audacia, estas páginas, no tanto por el fin de alcanzar el premio generosamente ofrecido, cuanto por dar a conocer la figura tan importante y extraordinaria, como es indudablemente la del Reverendísimo P. Fr. Martín de León y Cárdenas, y aportar así a la lista ya numerosa de malagueños ilustres, otro de gran relieve, hasta el momento desconocido y olvidado, no porque le falten méritos para colocarlo entre los primeros, sino tal vez por incuria y dejadez.

La culpa en la omisión es de todos; queremos decir, que recae con igual responsabilidad sobre los historiadores de la Provincia de Málaga y sobre los Agustinos. Aquéllos, que sepamos, nada consignan, éstos han recogido breves notas, dispersas en sus historias y crónicas, con un laconismo sin precedentes, que impide rehacer con todo detalle la biografía del hombre más ilustre sin duda que ha dado a luz la villa de Archidona.

Falta un estudio de conjunto que revele la destacada personalidad de este insigne malagueño e hijo aventajadísimo del Doctor Máximo de la Iglesia San Agustín. Nuestro intento lo alienta este noble propósito, lo que ignoramos es si lo hemos conseguido.

Las fuentes bibliográficas en las que se basa nuestra relación, van en parte expresadas en el texto, pero, para mayor claridad, las especificaremos aquí brevemente.

Historiadores Agustinos

«Postrema soecula sex» y Eremi Sacrae, por el P. Lanteri.

«Monasticon Agustinianum», del P. Tirso López.

«Ensayo biobibliográfico de escritores agustinos», por el P. Gregorio de Santiago Vela.

«Catálogo de escritores agustinos», por el P. Bonifacio del Moral.

«Místicos agustinos españoles», por el P. Ignacio Monasterio.

«Historia del Convento de Salamanca», del P. Tomás de Herrera.

«Cartas espirituales», del P. Francisco de León.

Extraños a la Orden

«Oración Penegírica, en las Honras del Ilustrísimo Padre Martín de León», por D. Fernando Rodríguez de Medina.

Archivo de Protocolos y Biblioteca Provincial de Sevilla.

«Historias de España», por los señores Ballesteros, Aguado Bleye e Ibarra.

«Hijos ilustres de Sevilla», por los señores Méndez Bejarano y Arana de Valflora.

* * *

No es preciso declarar que todos los repertorios y catálogos indicados son tan concisos que su brevedad es desesperante, y gracias a las aportaciones del P. Francisco de León y de D. Fernando Rodríguez de Medina, más extensas, y a nuestras investigaciones, hemos podido con improbable trabajo ordenar y exponer los materiales de esta

biografía, en la que, aparte del éxito o fracaso, daremos por bien empleado el tiempo ocupado en su redacción, si con ella contribuimos a esclarecer la vida y obras del Rmo. P. Martín de León y Cárdenas, de quien no puede dudarse es uno de los hijos de Málaga de mayor categoría intelectual —una lumbrera con luz propia— si no como escritor, sí como religioso, como obispo y como gobernante.

Con el deseo sincero de que el acierto nos acompañe en la exposición de estas páginas, quedamos del lector atentos y reconocidos.

EL AUTOR

CAPITULO I

Labor del biógrafo

La personalidad de este ilustre religioso y obispo agustino, en cualquiera de los aspectos que se la estudie, exige del biógrafo extremada aplicación y actividad incansable, por no existir hasta este momento un estudio detenido y serio, que ilumine sus pasos y aclare su vida. Sólo hay por desgracia algunas notas sueltas, de capital importancia indudablemente, para rehacer y dar a conocer su figura destacada, así en el orden religioso, moral e intelectual, como en el social y político y asimismo en los cargos de tanta responsabilidad que ostentó con gloria en el curso de los años, cuya honra y honor conquistados en cada uno de ellos, será difícil superar; pero porque las dificultades sean grandes, no por eso abandonamos nuestro propósito de reunir en un haz todos los datos, que nos han sido preciso sacar del polvo de los archivos, juntamente con aquellos escasos que nos ofrecen los historiadores de la Orden Agustina, para pergeñar de la manera

más completa su estudio biográfico, aun no realizado hasta la fecha, y que juzgamos de verdadero interés; por ser uno de los sujetos de más glorioso historial, que ha dado Málaga y su provincia a las letras, a la Iglesia y al gobierno de la nación española, en sus estados de Nápoles.

Como se ha de ver en el presente estudio, la vida de nuestro biografiado fué muy compleja. Casi toda ella tuvo su desarrollo fuera de España, ocupando en empleos y dignidades que la Orden, la Iglesia y la nación confiaron a su cuidado, y este es el motivo que oculta a la visita del investigador una buena parte de su actividad, por hallarse la documentación auténtica, si existe, en Archivos y Bibliotecas extranjeros, que es difícil, por no decir imposible, de consultar.

Consideraciones

En ocasiones, el biógrafo posee datos abundantes para el estudio detallado de la persona que trata de historiar, sin que ésta alcance más que una altura intelectual mediocre y un nivel escaso bajo cualquier punto de vista que se considere su vida y sus obras.

Otras veces, tratáse de exponer los hechos gloriosos y sobresalientes que llenaron con la fama de su nombre los ámbitos más recónditos de una nación, provincia, ciudad o región, y en manifiesto contraste con el caso supuesto precedente, el biógrafo no encuentra los datos imprescindibles para conseguir su noble objeto, no sólo para consignar las notas de más valor y los rasgos auténticos de la figura que estudia, sino también, lo que es más doloroso todavía, carece hasta de aquellos que pudiéramos clasificar en un orden secundario en la vida de la persona que intenta dar a conocer en corta o extensa biografía histórica.

En el primer caso tiene la documentación, pero le falta

la figura central y destacada de su estudio; en este otro, es al contrario, y por consiguiente las dificultades que tendrá que vencer hasta alcanzar su fin, serán insuperables, y lo lógico será también que su trabajo forzosamente tendrá que ser incompleto, lleno de lagunas biográficas, cargado de suposiciones e hipótesis, que originan malestar en el lector, cargan de dudas su inteligencia, o a lo sumo, si encuentra placer en su lectura, por la habilidad del autor en la exposición, y por la amenidad que ha sabido dar y comunicar al relato, podrá en este caso gozar de esas bellas dotes narrativas, que ha impreso con su destreza el biógrafo, pero no sabrá distinguir ni diferenciar lo cierto de lo dudoso, lo histórico de lo novelesco, y si lo consigue, porque el autor lo expresa con claridad, no podrá quedar su ánimo tranquilo ni su curiosidad histórica satisfecha.

Nuestro caso

La ilustre figura del religioso y obispo agustino, que intentamos exponer en estas líneas, participa de uno y otro carácter. Por un lado su significación, como religioso y como obispo, como hombre docto y gobernante, alcanza los umbrales de una fama, que si no puede clasificarse entre las de primera magnitud, está muy próxima a la cima de las más relevantes y meritorias. Por otra parte, no son tantas las notas para rehacer su biografía en todos sus pormenores—imposible de realizar en la mayoría de los casos— ni tan escasas y carentes de interés, que no se pueda perfilar con relativa minuciosidad, su personalidad, como observante religioso de excelentes prendas morales e intelectuales, como hombre de extraordinaria capacidad para el gobierno, como prudente consejero y como prelado cuya gigantesca labor, religiosa, política y social, podrá apreciarse en la exposición biográfica que ofrecemos a continuación.

CAPITULO II

El religioso

En el primer aspecto, o sea como religioso, fué modelo de todos, conquistándose el aprecio de condiscípulos y maestros, quienes veían en él por sus excepcionales cualidades de religiosidad, como afirma uno de sus admiradores (1) al ejemplar único en el cumplimiento de sus votos, oficios, elecciones, magisterio y mayores prelacías, como tan observante y docto y por eso afamado predicador y después Confesor del Archiduque Alberto.

Distinguido siempre por su porte exterior, reflejo inequívoco de las virtudes que adornaban su alma, mortificado y complaciente, dulce de carácter, suave en sus palabras, modelo viviente de todos los religiosos por sus nobles y señoriales modales, sin afectación ni vanagloria, en fin por su compostura digna y atrayente, eran dotes tan raras y codiciadas, que la Providencia, con visión certera, no podía dejar ocultas en el rincón silencioso del claustro monacal, en que vivía con toda observancia y maravillosa edificación de la numerosa y fervorosa comunidad del convento de San Agustín Casa Grande de Sevilla, cuyos claustros habían santificado con el resplandor de sus virtudes aquellos insignes religiosos y santos tan conocidos en la historia de la mística y ascética españolas, que se llamaron Santo Tomás de Villanueva, padre de los pobres y Arzobispo de Valencia; y el Beato Alfonso de Orozco, que tuvo el consuelo singular de aparecersele en su habitación la Santísima Virgen, para exhortarle a escribir sus grandezas y maravillas.

(1) «Oración Panegírica Funeral en las Honras del Ilmo. Rvdo. y Excmo. Sr. D. Fray Martín de León y Cárdenas. (Bibl. Provincial de Sevilla (varios) III-57.9).

Indudablemente que su autor don Fernando Rodríguez de Medina, es digno de fe en todas sus afirmaciones, bien porque conociera personalmente al P. Martín de León, bien porque los padres del convento de Antequera o de Málaga, le facilitaran todos los datos históricos para la composición de la curiosa e interesante Oración de que es autor. Lo que pone de su cosecha es de un barroquismo literario tan absurdo, que cansa y fastidia.

Bajo aquellos techos donde resonaban con vibrante emoción los ecos armoniosos de la elocuencia arrebatadora del más ilustre orador sevillano de su siglo el P. Mtro. Pedro de Valderrama, tan alabado por Pacheco en su *Libro de verdaderos Retratos*, llamado por el sobrenombre el *Crisóstomo sevillano*, a quien conoció personalmente; en aquella casa llena de santos y sabios, en la que también sobresalía el P. Pedro Ramírez por su soberana elocuencia, que hacía recordar a Tertuliano, y se le comparaba con el Cicerón romano y con Platón el divino, como *heredero del alma de Agustino y admirable Demóstrones cristiano*, al decir de uno que personalmente le conoció y trató en la intimidad; en aquella mansión de paz y dulces encantos, donde florecían las inteligencias más preclaras de la Provincia de Andalucía, vistió el hábito de novicio agustino, que llevó siempre con toda dignidad y observancia, aun siendo obispo, como en el tiempo de su probación y en el curso de sus estudios eclesiásticos, para ser en todo tiempo y lugar, gloria inmarcesible de la Orden de San Agustín, y decoro resplandeciente de la Iglesia.

Sus dotes y virtudes

En el otro aspecto, dejamos la palabra a un sacerdote secular, para que la imparcialidad se haga más patente; pero no resistimos a trasladar parte del discurso que le consagra su panegirista don Fernando Rodríguez de Medina, porque indica con meridiana claridad el concepto elevado que tenía de sus virtudes y de las dotes poco comunes del obispo agustino.

Era, afirma, el dechado de los religiosos, el espejo de los Prelados, el ejemplo de los Obispos, el segundo Santo Tomás de Villanueva de los limosneros, el oráculo de los Príncipes, el deseo y consejo de los Cardenales, el pecho de los Embajadores, el valor de los Virreyes, el bastón de

los Generales, el escudo de los Reinos, el empleo de unas y otras Pontificias y Católicas Majestades, el corazón de los pobres, el tesoro de los templos, el coro y decoro de los sacerdotes, el gigante de los humildes, el hábito de los modestos y finalmente por todas las virtudes el blanco de los justos y por todas diligencias el freno y remedio de los más insolentes pecadores. Fueron tantos sus talentos y virtudes, como consta de sus puestos, acciones heroicas y magnificas hazañas, que eran necesarios muchos días para sólo de historia referirse, cuanto más para con debida ponderación predicarse, y como vivió y murió lejos, es mucho más lo que se ignora que lo que se sabe y puede referirse. Baste saber, afirma otro, que fue una de las figuras preeminentes de esta época, descollando como ejemplar religioso y gran teólogo, digno de que el Sumo Pontífice encomendase a su celo las más importantes Iglesias y el Rey de España pusiera en sus manos el gobierno de sus más grandes Estados en Italia (1).

Pero no adelantemos los hechos extraordinarios de su vida activa, que tendremos ocasión de hacerlo cumplidamente en el desarrollo de estas páginas. Vayamos, paso a paso, cronológicamente exponiendo su origen, su educación, las prelacias que obtuvo y otras circunstancias de su vida, que tanto como admirables son garantía cierta de su talento organizador y prueba inequívoca de sus heroicas prendas.

CAPITULO III

Su patria: Archidona

Tuvo por cuna de su nacimiento, este ilustre y benemérito religioso agustino, la villa de Archidona, en la

(1) «Historia general de los Ermitaños de San Agustín», por el P. Víctor Maturana. Tomo IV. Santiago de Chile, 1913, pág. 260.

provincia de Málaga, población antigua y de gloriosa historia, en la que tuvieron asiento las civilizaciones cartaginesas, romanas y árabes, en cuya feracísima vega se solaza y recrea una sierra próxima que le sirve de balcón y atalaya, llamada de la Virgen de Gracia, y en un altozano agreste, no lejano de las calles de la villa, coronado por el Santuario de la Virgen, se eleva el trono de su excelsa Patrona, que mira desde la cima que le sirve de escabel, con ternura de Madre, y protege misericordiosa a los pacíficos moradores y laboriosos habitantes.

En esta histórica y rica villa nació hacia 1585 nuestro biografiado entre los besos maternos de sus padres y las bendiciones amorosas de la Santísima Virgen de Gracia, que desde el primer momento le colmó de sus caricias espirituales, guiándole por los senderos de su infancia, con mano tierna y protectora, infundiendo en su alma angelical, como germen de bendición, los tesoros confiados por Jesucristo, su divino hijo para derramarlos sobre sus devotos.

El señor Mendez Bejarano, en su *Diccionario de escritores*, (1) por el encendido amor que profesaba a Sevilla, su patria, muy explicable ciertamente, le hace natural de esta nobilísima ciudad, con evidente equivocación, pues leemos en varios documentos lo era de la villa de Archidona (Málaga).

Otro tanto había afirmado don Fermín Arana de Valderrama, (2) que ocultó su verdadero nombre con el pseudónimo de don Fermín Arana de Varflora, a quien indudablemente copió el señor Bejarano; por el deseo en uno y otro de conquistar una gloria más para Sevilla, donde han florecido talentos privilegiados en calidad y cantidad que no necesita revestirse de plumas ajenas para estar a la cabeza de las ciudades españolas más cultas y de mayor prestigio y fama en las letras.

(1) «Diccionario de escritores y maestros, etc.» Tomo I. Núm. 1373.

(2) «Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes o dignidad» Sevilla, 1791.

Sus padres

Fueron sus nobles progenitores don Alonso Ortiz y doña Ana de Morales, descendientes de las familias más linajudas de la villa de Archidona, quienes dieron a su hijo una esmerada y selecta educación religiosa y le fundamentaron con sus consejos y ejemplos en los principios santos del Evangelio, sin olvidar aquellos cuidados precisos para darle una formación intelectual completa, como convenía a su edad.

Fruto sin duda de este celoso cuidado y de la noble preocupación de sus cristianísimos padres por su hijo, que revelaba, ya en sus años infantiles, la madurez y buen juicio de las personas mayores de edad, fué la prematura elección al sacerdocio, que desde muy jovencito escogió como norma formal de todos sus actos y que culminó después a los diez y seis, poco más de su edad, en la vocación religiosa a la cual Dios le llamaba con fuerza irresistible, y que él abrazó con singular albedor de su alma, que resplandecía por el candor de su in-

El Convento

Eligió, como escenario de su vida de perfección, el antiguo convento de San Agustín de la bella, por mil conceptos, capital de Andalucía, la hermosa y nunca bien poderada Sevilla, que tiene a gala mirarse al espejo cristalino de las aguas mansas del caudaloso Betis, como madona recatada en el terso y límpido cristal de su tocador.

En este célebre e histórico Monasterio, cuyo origen se remonta a los lejanos tiempos de la reconquista española efectuada por el invicto San Fernando III en 1.248 y en el que florecieron gran número de religiosos ilustres por su ciencia y virtud, ingresó con verdadero júbilo de su alma nuestro joven, modelo ya de todos los de su edad, y después del año de su rigurosa probación en el noviciado,

profesó el día 13 de noviembre de 1.601 en manos del Padre Maestro Pedro Ramírez, a la sazón Prior meritisísimo de la Casa, que tenía en toda la Provincia Andaluza la primacía sobre todas.

Partida de profesión

El Archivo de Protocolos Notariales de Sevilla, que frecuentamos durante nuestra estancia en ella, nos proporcionó la partida íntegra de su profesión religiosa, que transcribimos aquí resumida, por ser documento de interés, hasta ahora desconocido. Dice así:

«En la ciudad de Sevilla 13 de noviembre de 1.601, estando presente el P. Mtro. Pedro Ramírez, prior, el P. Mtro. Juan Farfán, Fr. Francisco Gómez, subprior, Fr. Baltasar de Herrera, Fr. Baltasar Pérez, Fr. Sebastián Vozmediano, Fr. Gaspar de Figueroa, Fr. Andrés de San Agustín, maestro de novicios y otros religiosos... que se juntaron para dar la profesión a Fr. Martín de León, hijo legítimo de Fr. Cortiz y de doña Ana de Morales su mujer, vecinos de la villa de Archidona, de más de 16 años...

Rubrican: El P. Prior, el Maestro de Novicios y el Profesante». (1).

Como ligera aclaración a la escritura precedente, añadiremos que el P. Tomás de Herrera, en su *Historia del Convento de Salamanca*, al tratar del Convento de Sevilla, afirma que su madre se llamaba Juana, en abierta contradicción con lo que se afirma en la partida extractada, en la que lleva por nombre Ana.

El P. Ramírez y el joven profeso

Tenemos la seguridad más absoluta de que el P. Pedro Ramírez, sujeto de admirables prendas de gobierno y dirección, vió con diáfana claridad las condiciones morales

(1) Archivo de Protocolos de Sevilla. Oficio 6. Escrib. de Francisco Díaz de Vergara. Año 1601.

del joven religioso y las dotes singulares de su despierta inteligencia, no sólo por el examen diario de su vida cotidiana y por el cargo de Prior que ostentaba a la sazón en el Monasterio Sevillano, sino también por informes particulares, que el P. Andrés de San Agustín, como Maestro de novicios y director de su formación religiosa durante el año de rigurosa prueba, facilitó con todo detalle, de tal modo que pudo convencerse plenamente de su valía, y de que se trataba de un religioso de excepcionales cualidades, las cuales, bien disciplinadas y orientadas, no tardarían en dar copiosos y abundantes frutos.

Sus esperanzas pronto tuvieron una feliz y superabundante realidad.

CAPITULO IV

El P. Ramírez parte para América

El P. Ramírez, que años antes de su priorato en Sevilla había desempeñado, con gran crédito y competencia, idéntico empleo en el convento de Málaga, por su íntima amistad con el Marqués de Montes Claros, de quien era director espiritual, tuvo que abandonar España, para seguir en viaje hacia las Indias Occidentales, a Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, que había sido nombrado Virrey de Nueva España en 1603. Ocupó el cargo hasta 1607, período en el cual realizó obras utilísimas para la capital del virreinato teniendo por desinteresado mentor y experto consejero al P. Pedro Ramírez.

Sus estudios. El Perú

El dispuesto joven y aplicado religioso, quedaba en España privado, es cierto, de su más fuerte sostén para

cursar la carrera eclesiástica, que realizó con extraordinario aprovechamiento en Sevilla y Salamanca.

Concluidos sus estudios de Filosofía y Teología, e instruido en las demás disciplinas eclesiásticas, en las que salió muy aventajado por su talento y aplicación, fué llamado por el P. Ramírez, que ya se encontraba con destino en el Perú, a donde había sido trasladado el citado Virrey para ocupar aquí el mismo cargo.

No podemos determinar concretamente la fecha inicial de su partida, pero sabemos con certeza que en 29 de noviembre de 1613 se encontraba ya de conventual en la ciudad de los Reyes (Lima).

El mismo señor Méndez Bejarano en su obra citada, afirma, siguiendo a Arana de Varflora, que pasó al Perú donde cosechó aplausos tanto en púlpito como en la cátedra, grangeándose la estimación del Arzobispo y la del Virrey, después de haber estudiado Teología en la Universidad de Salamanca.

Hasta qué punto sea cierta la afirmación de haber realizado los estudios teológicos en la universidad salmantina, no podemos determinarlo con absoluta precisión, por ser el único historiador que consigna el hecho de suyo tan meritorio, no obstante podemos darla por cierta y casi segura, puesto que era uso frecuente el desplazamiento a las renombradas aulas de la citada ciudad de los religiosos agustinos, cuya residencia era Sevilla, Córdoba o Granada o alguna otra ciudad de la Provincia de Andalucía, a pesar de la nombradía justamente adquirida de la Universidad sevillana.

La fama conquistada por el selecto y siempre competentísimo profesorado de la Atenas española, atraía hacia sí con nobles afanes gran multitud de estudiantes de todas las regiones de España, ya que los estudios efectuados en las autorizadas cátedras de Salamanca, garantizaban en cierto modo el aprendizaje, el aprovechamiento, cuando no el éxito rutundo.

No es de extrañar que nuestro joven religioso, después de realizados los cursos académicos en el convento sevillano, conscientes los superiores de su privilegiado talento y de sus cualidades intelectuales, le enviaran a la cátedras de la ciudad del Tormes, con el propósito de que en ellas ampliara y perfeccionara los estudios iniciados con tan claros y evidentes auspicios en los claustros hispalenses del Monasterio de S. Agustín.

Sus triunfos

Su partida para América, antes de ser contraria a sus designios, como podía sospecharse, por la inmejorable preparación adquirida, fué para él el principio de sus triunfos y el primer peldaño de sus glorias apostólicas, pues llenó de honor aquel convento y extendió por todo el virreinato la fama de su nombre, tan justamente lograda en las cátedras del convento de Sevilla, como en las aulas de la Universidad de Salamanca, que gozaba entonces renombre universal y se le motejaba con el título luminoso de la Atenas Española.

¿Cuál fué el motivo de su marcha al Perú, cuando sabemos que allí se hallaba en la fecha indicada, recién terminados sus estudios eclesiásticos?

Ningún documento nos lo aclara debidamente, pero tenemos la sospecha muy fundada, de que el P. Ramírez, consciente de sus méritos, quiso tener a su lado a tan joven como ilustre y discreto religioso, persona de toda su confianza, para que con su protección y la del Virrey, pudiera lucir sus talentos privilegiados en las cátedras y púlpitos de la capital peruana y para que le sirviera quizá como secretario y ciertamente de fiel consejero, fines que consiguió plenamente, de los que pudo estar santamente orgulloso por el feliz acierto en la elección.

Háy otra prueba bastante explícita, que viene a confirmar la sospecha indicada, y es que la *Relación*, escrita

e impresa, de las Exequias de la Reina doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, que murió en 1611, mandadas hacer por el Marqués de Montes Claros, ordenada y dispuesta por el P. Martín de León, conforme a los papeles y apuntes del P. Pedro Ramírez, que fué el encargado de pronunciar la famosa *Oración Fúnebre*, en su portada se dice que gozaba del título de Presentado y que *era su compañero*, aserto que confirma el historiador agustino P. Tomás de Herrera al decir: *Quem sermonem fúnebrem ejus discipulus et socius M. Martinus de León luci dandum curavit.*